

De entre los papeles de un baulito chino

Versaciones de un chupaplumas

Consternada ante la perspectiva

(Mote)

[1]



de quedarse sin empleo en una época en la que, para colmo, andaba embarcada en una hipoteca porque estaba ya hasta la coronilla, dijo, de compartir piso con un par de cajas de supermercado y un físico nuclear¹ que se pasaban la vida riñendo a ver a quién tocaba hacer el baño y fregar los platos; y se había comprado un pequeño apartamento que “ahora, por culpa de todos ustedes², no sé qué voy a tener que hacer para pagarlo” se puso de pie tras pronunciar su dolorida alocución plagada de tintes



nostálgicos recordando ella cómo, proveniente de una pequeña capital de provincias de clima más bien frío y bastante lluvioso pero muy bonita con su magnífica catedral gótica, había llegado muy joven a la capital como quien dice con lo puesto huyendo del hogar familiar y de un padrastro lascivo que...

Alzó en este punto la mano Sonia, impidiéndole con su gesto sereno terminar la exposición de unos hechos que intuía — y no es que se

¹ Polaco él, empleado como tantos centroeuropeos venidos a España por aquella época de peón en una empresa constructora, con el que tras conocerse chateando por internet y tomar un par de copas había entablado una relación sentimental y, juntos, habían alquilado un pequeño apartamento... (etc.)

² Hipó, sonándose la nariz con un kleenex y despreciando el pañuelito que con tan buena voluntad e ímprobo esfuerzo el chico había centrifugado en atención a un abuelo que, y bien patente había quedado, ni merecía tantas contemplaciones ni había necesitado quizás nunca la colaboración del pequeño ni para entender ni para expresarse.

De entre los papeles de un baulito chino

Versaciones de un chupaplumas

Consternada ante la perspectiva

(Mote)

[2]

hubiese manifestado Sonia hasta el momento como persona intuitiva, o yo por lo menos no había reparado en ello; pero si ahora afloraba esta nueva faceta de su carácter entendí que sería prudente, para lo sucesivo, tenerla en cuenta — “pueden contener — dijo — detalles o pormenores escabrosos tal vez no muy aptos para ser escuchados por los niños” para, de inmediato y llevándosela a la cabeza, girarse hacia mí y en tono muy alterado increparme con que si es que no iba a ser posible hacer carrera de mí, y que si seguíamos en ese plan terminaríamos desquiciados y con los nervios hechos trizas, sin ser capaces de reconocernos siquiera no ya los padres a los hijos y estos a sus padres sino cada cual a sí mismo y a sus propias reacciones.

– ¿O le parece coherente que me ponga — me preguntó enfadada — remilgosa y *oh, cielos, delante de los niños* cuando venimos de decir, de decirlo yo personalmente no hace ni cinco minutos, que estos niños de ahora saben latín?

– ¿Cinco minutos, Sonia — objetó su marido — cuando lo de la mariposa fue a primera hora de la noche y ya está, mira por la ventana tú misma y podrás verlo, empezando a clarear?

Y que habían sucedido muchas cosas desde entonces y que se acordara, por ejemplo, cómo en Velázquez esquina con Jorge Juan tuvimos que cambiarnos de taxi porque un chiflado se saltó el semáforo y nos embistió...

– No era Jorge Juan sino Villanueva — ella, que además de intuitiva comenzaba a revelárenos como buena observadora —; lo recuerdo perfectamente porque el coche nos embistió por la derecha.

– Perdona, querida, pero no. Además... — se volvió Ramírez hacia mí —, ¿qué dice exactamente el manuscrito?

– ¿Qué manuscrito? — Sonia, en tono sarcástico muy parecido al que emplease la tarde de las judías diciendo *par de adorables querubines* justo antes de, pasando sin solución de continuidad a un tono airado,

De entre los papeles de un baulito chino

Versaciones de un chupaplumas

Consternada ante la perspectiva

(Mote)

[3]

gritarme hecha una furia “cantamañanas cursi del carajo”³ y dar, acto seguido, un portazo — ¿Qué manuscrito, Román, si no hay ningún manuscrito, si se lo está inventando todo...

Y recuerdo, perfectamente, que Ramírez tenía ya la boca abierta para explicarle que eso no era posible porque me conocía él desde hacía años⁴ y podía dar fe de que yo era persona simple, tan del todo incapaz de inventar absortamente nada que...

³ Haciéndome sentir — ahora, no entonces — reconfortado porque “ésta es — me dije — mi Sonia”, la Sonia de la que yo solo (bueno, con alguna ayuda de mi amigo, claro) y con mi propio esfuerzo había logrado hacer una esposa, y una madre, y una nuera y, si las musas y la diosa Fortuna se ponían de acuerdo para no darme la espalda... Pero preferí, “ahora”, centrarme en lo que me estaba ocupando y no perderme en fantasías que, si sí me la daban, terminaría todo como el cuento de la lechera por culpa de, como decía mi madre que en paz descansa cuando se colocaba a mi espalda leyendo por encima del hombro lo que yo escribía, “tus tontunas”.

⁴ A lo que me hubiese visto yo en la obligación de — para no falsear la realidad ni, aunque fuese sin intención perversa, inducir a equívocos que terminan por derivar en discusiones absurdas como esas que se organizan entre las familias en las cenas navideñas cuando salen a relucir pequeñas naderías sin importancia, pero que tanto encrespan los ánimos defendiendo cada cual que tal o cual nadería fue como y cuando la recuerda no el cuñado que entiende de la temperatura a la que ha de servirse el vino sino la cuñada que no sabe “¿qué sabrás tú de vinos cuando lo tuyo son los seguros contra incendios?” — pedirle que no exagerase porque, o que hiciera memoria, nuestra relación laboral no se remontaba a más allá de unas cuantas semanas atrás y por motivo de que Gutiérrez se largase, sin previo aviso, de vacaciones dejándome plantado con el hámster (en su jaula, sí, que menos mal y que no tuve que andar correteando por atraparlo si hubiese llegado al pasillo y asustado a la secretaria del oficial encargado de los canales y puertos, una criatura adorable en el trato pero que podía romper los tímpanos con sus gritos cuando se ponía nerviosa) y un ramo de petunias que resultaron ser gladiolos.

De entre los papeles de un baulito chino

Versaciones de un chupaplumas

Consternada ante la perspectiva

(Mote)

[4]

Y se disponía a relatar, sospeché, cómo en cierta ocasión y no sabiendo yo dar con la manera de que Lola saliese airosa de no sé qué enredo de una tía — mía, al parecer y, por cierto — y un capitán de navío que se le había metido en la cabeza sin fundamento alguno cuando, justamente y ni un instante antes ni una décima de segundo después, sonó el timbre...

Sonó el timbre, acudió a abrir la puerta uno de los chicos, y sonaron a continuación por el pasillo unos pasos firmes, rotundos, que parecían dados por un militar con muchas graduación y muchas insignias en la pechera y, en efecto, compareció en el cuartito de estar la vecina de los zapatos color pistacho que, alteradísima y calzando unas botas de pocero de un más o menos a ojo un 46, rogó entre sollozos entrecortados que alguien le prestase (aunque esta petición la hizo al oído de Sonia) un sujetador de la talla 105, que ella devolvería nuevo y con la etiqueta tan pronto pudiese ir a comprarlo; que le había surgido el compromiso de asistir, así, por sorpresa, de madrina a una boda relámpago y, claro, la había pillado desprevenida y sin tener qué ponerse que no fuese el traje de neopreno para la pesca submarina a la que, después del último bandazo de su estado anímico u hormonal, se había vuelto tan aficionado.

Cuando ya se marchaba se detuvo al pasar por mi lado, sonrió y me dijo que las botas no eran de pocero ni del 46, pero que me agradecía profundamente lo de “alteradísima” aunque, y para no faltar a la verdad y porque entendía que ello pudiese haberme despistado, del 45 sí que eran.